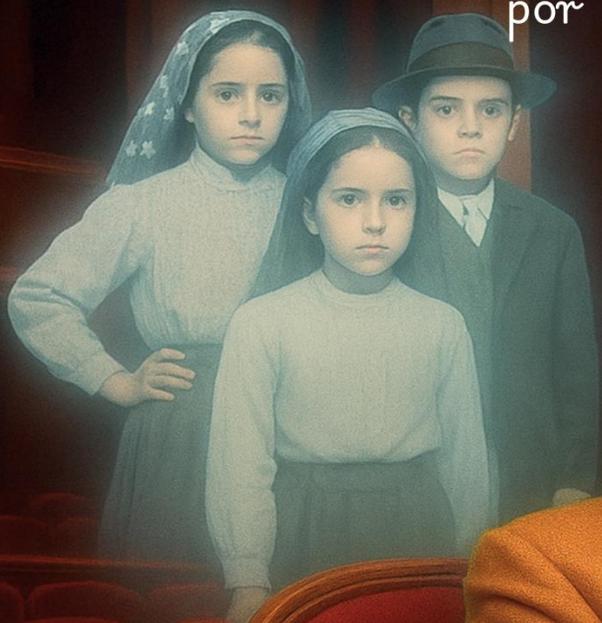


Una Cuestión de Fe

por Barbara Oleynick



Dijo que no cree en milagros... pero están a punto de demostrarle que está equivocado.

Una cuestión de fe

Copyright© 2024 BARBARA OLEYNICK

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro o de la música puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso escrito del autor.

Barbaraoleynick@themothertofgod.org

Una cuestión de fe por Barbara Oleynick

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a Lucía, Jacinta y Francisco, los videntes de Fátima, y a los pacificadores de este mundo que saben que al final Su Corazón Inmaculado triunfará.

Un Asunto de Fe entrelaza una narrativa contemporánea con las escenas y canciones originales de El Milagro de Fátima Musical. Su álbum de reparto fue grabado en 2002, gracias a un único donante anónimo. Quien Barbara nunca había conocido y nunca había visto el espectáculo, pero estaba en contacto con el Padre John, un fraile franciscano que la había invitado a hablar con su grupo de jóvenes. Curiosamente, el Padre John había sido una vez un capitalista de riesgo que trató de atraer a un inversionista llevándolo a Medjugorje en su Lear avión privado. Varios años después, ese capitalista de riesgo renunció a todos sus bienes materiales, se puso las túnicas marrones y se dedicó a servir a Dios. Después de que ella hablara y cantara para el grupo de jóvenes, el Padre John compartió que había oído sobre su trabajo y su necesidad de asistencia financiera. Él pidió prestado el teléfono celular de Bárbara y desapareció durante unos minutos. Cuando regresó, le entregó el teléfono, diciendo: “Este hombre quiere ayudar”. Ella y el hombre hablaron brevemente y organizaron reunirse la semana siguiente. Cuando él preguntó sobre el siguiente paso en el proyecto, Bárbara mencionó el plan para grabar el álbum del elenco con un presupuesto de \$60,000, pero que no tenía los fondos. Simplemente tomó sus datos bancarios y le deseó lo mejor. Por la mañana, durante la grabación, el productor y el director acorralaron a Bárbara, preguntando: “¿Dónde está el dinero?”. Ella comenzó a hablarles sobre la fe. Ellos sacudieron la cabeza, levantaron las manos al aire y se marcharon. Sin embargo, Bárbara sacó su teléfono y fue a los servicios bancarios en línea. Y allí estaba la totalidad de la cantidad necesaria: \$60,000 dólares. No, contratos, ni reconocimientos formales, solo fe.

TABLA DE CONTENIDO

UNA CUESTIÓN DE FE PRÓLOGO DE	6
CAPÍTULO 1	9
NECESITAMOS UN MILAGRO	9
CAPÍTULO 2	12
MEGAN	12
CAPÍTULO 3	13
MATTHEW Y ZOE	13
CAPÍTULO 4	15
LA PRIMERA REUNIÓN	15
CAPÍTULO 5	20
EL ÁNGEL DE LA PAZ	20
CAPÍTULO 6	24
NECESITAMOS UN PLAN	24
CAPÍTULO 7	29
¿QUÉ HAS OÍDO?	29
CAPÍTULO 8	45
¿FUE REAL?	45
CAPÍTULO 9	47
NO SALIÓ COMO ESTABA PREVISTO	47
CAPÍTULO 10	52
EL CIELO	52
CAPÍTULO 11	55
COMIENZA LA LUCHA	55
CAPÍTULO 12 UNIENDO FUERZAS	60
CAPÍTULO 13	64
EL ALCALDE	64
CAPÍTULO 14	68
MARÍA ROSA	68
CAPÍTULO 15	75
NANA DICE QUE NO	75
CAPÍTULO 16	81
EL INTERROGATORIO	81
CAPÍTULO 17	86
¿QUÉ LE PASÓ AL SR. SWOOPS?	86
CAPÍTULO 18	96
¿QUÉ HARÍA FALTA?	96
CAPÍTULO 19	101
EL PASADO VUELVE	101
CAPÍTULO 20	104
EL SUFRIMIENTO DE LUCÍA	104

CAPÍTULO 21	108	
MARIA ROSA LAMENTO	108	
CAPÍTULO 22 RANDOLPH	112	
CAPÍTULO 23	114	
LA MULTITUD	114	
CAPÍTULO 24	119	
LA REACCIÓN DE RANDOLPH	119	
CAPÍTULO 25	121	
LAS PROFECÍAS	121	
CAPÍTULO 26	127	
¿LLEGARÁ A CREERLO ALGÚN DÍA?	127	
CAPÍTULO 27	130	
EN MEDIO	130	
CAPÍTULO 28	134	
LA TRISTEZA DE RANDOLPH	134	
CAPÍTULO 29 LA DESAPARICIÓN DE RANDOLPH	135	
CAPÍTULO 30	138	
LOS FANTASMAS Y RANDOLPH	138	
CAPÍTULO 31	150	
VER PARA CREER	150	
CAPÍTULO 32	161	
LOS PRISIONEROS	161	
CAPÍTULO 33	164	
EL PLAN DE RANDOLPH	164	
CAPÍTULO 34	173	
RANDOLPH ENCUENTRA SU FE	173	
CAPÍTULO 35	176	
VALINHOS 1917	176	
CAPÍTULO 36	183	
12 DE OCTUBRE DE 1917	183	
CAPÍTULO 37	186	
LA CONFERENCIA DE PRENSA DE	186	
CAPÍTULO 38	188	
LA ÚLTIMA VISITA A	188	

UNA CUESTIÓN DE FE PRÓLOGO DE

El 22 de marzo de 2024, dentro del Teatro Miracle, la tensión se palpaba en el aire. Era la última sesión de casting para un nuevo musical llamado El milagro de Fátima, en el que tres niños interpretarían los papeles principales. Los aspirantes a actores, quince niños en total se colocaron en tres filas ordenadas sobre el escenario: un grupo de niñas mayores (de nueve a trece años), una fila de niños (de nueve a doce años) y una fila de niñas más pequeñas (de siete a diez años).

Joshua, el director de escena, dio un paso al frente. «Muy bien, allá vamos», anunció con una carpeta en la mano. «Sabemos que esta es la parte más difícil, pero por favor, nada de gritos ni golpes, y los padres, por favor, manténganse atrás». Miró hacia fuera del escenario, dirigiendo claramente su último comentario a algunos adultos que se encontraban fuera de su campo de visión.

A continuación, carrasqueó y leyó lo que tenía escrito en la carpeta. «Para el papel de Lucía dos Santos, ¿pueden pasar Megan García y Lilly Santos? El resto de la fila, muchas gracias».

Dos niñas, Megan y Lilly, dieron un paso al frente y se cogieron de la mano, sonriendo de oreja a oreja. Las demás aspirantes se retiraron con paso pesado, algunas de ellas visiblemente abatidas. Una niña se tiró al suelo, llorando: «No... ¡Es mío! ¡El papel es mío!». Un tramoyista tuvo que sacarla de allí, mientras otras lloriqueaban en voz baja al marcharse.

Joshua continuó. «A continuación, para el papel de Francisco Marto, ¿podrían Johnny Reyes y Matthew Costuna pasar al frente del escenario, por favor? Muchas gracias a todos los demás». Tan pronto como Joshua terminó de hablar, la madre de un niño que no había sido elegido se apresuró a subir al escenario, arrastrando a su hijo por el brazo. Gritó al equipo de casting: «¡Él sabe bailar! ¡Miren... vamos, hijo, baila para ellos!».

Desesperada, intentó mover los brazos de su hijo para que pareciera una coreografía, pero el niño, avergonzado, se quedó rígido. Joshua hizo un gesto apresurado a sus asistentes para que los sacaran del escenario.

«Y, por último, pero no menos importante», continuó Joshua, «para el papel de Jacinta Marto, Maribeth Ríos y Zoe Costuna, por favor, pasen al frente. Y gracias al

el resto de ustedes, encantadoras señoritas». Las niñas seleccionadas corrieron al frente mientras las más pequeñas eran acompañadas fuera del escenario por los tramoyistas, que las guiaban con delicadeza.

Joshua volvió a levantar su portapapeles. «Antes de que nuestro director tome la decisión final sobre el reparto, recordad que los ensayos comienzan en dos semanas. Madres, revisad vuestro correo electrónico y el chat de anuncios de WhatsApp. Llegad temprano, estad preparadas y manteneos concentradas». Luego hizo un gesto con el brazo hacia los asientos del auditorio a oscuras. «Y ahora, nuestra encantadora directora, Aleta Gomes».

Aleta Gomes salió de la penumbra y se dirigió al borde del escenario. Se tomó un momento para mirar a cada niño a los ojos y luego les dedicó una cálida sonrisa. «Enhorabuena a todos por vuestro gran trabajo», dijo. «Nuestros tres protagonistas serán Megan García, en el papel de Lucía dos Santos, y los hermanos Matthew y Zoe Costuna, en los papeles de Francisco y Jacinta Marto».

Explicó: «Los personajes a los que vais a dar vida son tres niños pequeños que vivieron una serie de milagros durante seis meses en 1917, en una pequeña región de Portugal conocida como Fátima. Si aún no conocéis o no creéis en los milagros, lo haréis cuando reviváis su historia». Volviéndose hacia el director de escena, añadió: «Bien, coged el libreto y el horario de ensayos que os dará Joshua. Nos vemos pronto».

Estalló un aplauso general. Los padres y los compañeros de reparto se acercaron para felicitarla. En lo alto, en las sombras del balcón, un hombre mayor estaba sentado en la primera fila, apoyado en la barandilla y mirando con atención. En la última fila del balcón había tres figuras translúcidas de niños vestidos con ropa de campesinos de alrededor de 1917. Dos eran niñas, de unos diez y seis o siete años, y el otro era un niño de unos nueve. Miraron hacia el escenario, sonriendo de oreja a oreja. La más pequeña de los tres miró a su hermano y susurró: «¡Esa es nuestra historia!». Sin embargo, la fantasma mayor apartó la mirada del escenario y la dirigió al hombre sentado en la primera fila del balcón, lo que hizo que su sonrisa se desvaneciera y apareciera una mirada de preocupación.

CAPÍTULO 1

NECESITAMOS UN MILAGRO

Una semana más tarde, en el balcón del Miracle Teatro, Randolph Swoops, de sesenta y cinco años, con gruesas cejas grises y un bigote a juego, estaba sentado en la primera fila del balcón, una vez más con un traje caro y un sombrero.

Golpeaba con impaciencia los reposabrazos con los dedos, mirando hacia el escenario. Su hijo de cuarenta años, Murray Swoops, se apoyaba en la barandilla sentado a su lado, observando el creciente grupo de actores que se arremolinaban en el entrepiso del teatro antes del ensayo.

—¿Cuántos hay en esta? —refunfuñó Randolph, contemplando el abarrotado escenario.

Murray hizo un rápido recuento mental. «No hay muchos más de lo habitual, papá».

Es un musical grandioso, enorme y precioso. Sé que te va a encantar.

«Lo único que veo es dinero tirado a la basura», murmuró Randolph. «Igual que los millones que he invertido en tus otros proyectos, aquellos que me aseguraste que serían éxitos seguros».

Murray se dejó caer en un asiento junto a él, retorciéndose las manos. — Papá, eso no es del todo cierto. Algunos ganaron un poco de dinero. Simplemente... no los promocionamos en el mercado adecuado.

Randolph resopló. «El mercado adecuado. Esto es todo, esta es la última oportunidad para el Miracle Teatro».

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si este musical llamado «Miracle» es un fracaso, se acabó. El Miracle Teatro morirá con él.

Sin que los dos hombres lo supieran, tres apariciones infantiles observaban desde las sombras en la fila más alejada. Eran los fantasmas de los verdaderos niños de Fátima, Lucía dos Santos (diez años), Francisco Marto (nueve) y Jacinta Marto (siete). Susurraban entre ellos en voz baja.

«No podemos dejar que lo haga», dijo el fantasma de Lucía con urgencia.

Jacinta dio un codazo a Francisco. «¿Qué vas a hacer?», le preguntó. «¿Yo?», respondió él, sorprendido. «¿Qué se supone que debo hacer?». «Debes hacer que cambie de opinión», insistió Jacinta.

«Callaos, vosotros dos», les reprendió Lucía. «Escuchad».

Abajo, Randolph y Murray continuaban con su acalorada conversación.

«Murray», dijo Randolph, «he estado apoyando esta afición tuya durante quince años. Ya es suficiente. ¿Por qué seguir con esto?».

—Vamos, papá, ni siquiera han empezado a ensayar —suplicó Murray—. No puedo decirles a todos que se vayan a casa.

Randolph negó con la cabeza. «Escúchame. Voy a asistir a todos los ensayos y, si no me gusta lo que veo o lo que oigo, voy a cancelarlo todo. ¿Lo entiendes?».

Murray, aliviado por tener al menos ese margen, se abrazó a su padre. — Sabía que lo entenderías. Te quiero, papá». Le dio un beso sonoro en la mejilla y salió corriendo del balcón. Randolph, balbuceando, se limpió la mejilla y se hundió en su asiento, murmurando: «Milagros... ¿Quién en su sano juicio cree en milagros? Es tan ridículo como creer que los impuestos son buenos para ti».

Desde la última fila, la translúcida Jacinta dio un codazo a Francisco. «¿Está hablando de nosotros?».

Francisco le tapó la boca con una mano fantasmal. Pero Lucía le recordó: «No pueden oírnos, tonto. Escuchemos».

Cuando Murray se marchó, Randolph se quedó solo. Jacinta frunció el ceño. «Es un poco malo, ¿no crees, Lucía?».

Lucía se encogió de hombros. «Sí, casi tan malo como el alcalde». «No», replicó Jacinta, «el alcalde era realmente malo».

La voz de Randolph los devolvió al presente. «¿Por qué no debería cerrar estas puertas?», se quejó para sí mismo. «Milagro de Fátima... nadie cree en los milagros».

Jacinta se inclinó hacia delante y alzó un poco la voz. «¿Sigue hablando de nosotros?».

«Sí», confirmó Lucía. «Ahora, cállate».

Las últimas palabras de Murray resonaron en la mente de Randolph. «La gente necesita un milagro, papá».

Los fantasmas de los niños intercambiaron miradas decididas. Lucía dijo: «Tenemos que hacer que se lo crea...».

«¿En milagros?», preguntó Francisco.

Jacinta atravesó con las manos el brazo de su hermano. «Pero nosotros no somos reales», les recordó con un tono de tristeza en la voz.

«Eso es un problema», admitió Francisco.

Lucía, pensando rápidamente, corrió por el pasillo y se colocó detrás de Randolph. Golpeó con los dedos el ala de su sombrero. Randolph se tensó y miró por encima del hombro, pero no vio nada. Jacinta y Francisco se unieron a Lucía, y los tres golpearon el ala del sombrero al unísono. El golpe repentino hizo que Randolph se diera la vuelta. Solo vio asientos vacíos.

«¿Qué diablos?», exclamó, frotándose la nuca. Mientras tanto, en el escenario, los hermanos Matthew y Zoe Costuna, que interpretaban a Francisco y Jacinta, esperaban el ensayo. Zoe miró hacia el balcón y vio las siluetas difusas de los tres niños vestidos con ropa antigua. Agarró a su hermano por la manga y le señaló discretamente. De repente, las tres imágenes translúcidas desaparecieron ante sus ojos. Los hermanos se quedaron boquiabiertos, compartiendo la misma incredulidad.

CAPÍTULO 2

MEGAN

Más tarde esa noche, en su habitación, Megan García, de diez años, estaba tumbada sobre su edredón rosa. Aunque la colcha y las almohadas eran de diferentes tonos de rosa, las paredes estaban decoradas con pósters de activistas y personas que habían cambiado el mundo: Nelson Mandela, Greta Thunberg y Mahatma Gandhi. Llevaba un cómodo pijama de franela y estaba hojeando un libro.

La voz de su madre resonó desde abajo: «¡Déjame escuchar otra vez la escena de la primera visita!».

Megan suspiró. «Mamá, por favor, ya me sé el guion», respondió, pero fue inútil. Se puso los auriculares y encendió la música de su teléfono para ahogar las exigencias de su madre. La música llenó sus oídos y empezó a bailar por la habitación, perdida en el ritmo.

De repente, la puerta se abrió y su madre entró con paso firme. Al darse cuenta de que su hija no había oído ni una palabra, la señora García le quitó los auriculares. «¿Me has oído?», le preguntó exasperada. «¡Estudia tus líneas! Canta, canta, canta. Te sustituirán si no creen que eres la mejor».

Rebuscó en el teléfono de Megan y pulsó la pista orquestal del programa. La música volvió a llenar la habitación. «Ahora canta», ordenó, y se marchó tan bruscamente como había llegado.

Megan puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre la cama, agotada por las exigencias de su madre. Unos momentos más tarde, su abuela, María García, una mujer cálida y elegante de sesenta y cinco años, asomó la cabeza y se sentó a su lado. Bajó el volumen de la música y le acarició suavemente la espalda.

—Ay, mi pequeña Mamita —dijo Nana—. Ella lo hace con buena intención.

Megan levantó la cabeza con resignación. «Lo sé, Nana, pero me está volviendo loca. Me encanta actuar y cantar... pero hay cosas más importantes». Entonces, María abrió los brazos y Megan se deslizó entre ellos. «¿Qué es lo que realmente quieres, mi amor?», le preguntó su abuela.

Megan susurró: «Quiero hacer algo grande en el mundo. Algo que lo haga mejor».

CAPÍTULO 3

MATTHEW Y ZOE

En otro lugar, en la modesta casa de la familia Costuna, esa noche todos se reunieron para una gran cena alrededor de una mesa larga y estrecha. Había dos parejas de abuelos, el señor y la señora Costuna, y seis hijos en total. Pedro, el hijo mayor, de veinte años, estaba sentado junto a Alina, de diecisiete. En el extremo más alejado de la mesa estaban Matthew, de diez años, y Zoe, de ocho.

El abuelo Costuna comenzó dando las gracias, con voz suave y llena de amor. «Padre, te damos gracias por esta comida y por la alegría que nos concedes hoy. Que podamos servirte a Ti, a Tu Hijo y a Su Madre siempre. Amén».

«Amén», repitió la familia. Se pasaron los cuencos con la comida. Nadie se sirvió primero; cada uno ofreció el plato a la persona que tenía a su izquierda o a su derecha.

Cuando todos tuvieron comida, el padre Costuna se volvió hacia Pedro. «¿Cómo van tus estudios?».

Pedro respondió con confianza: «Van bien, padre. Pronto debería saber algo sobre la facultad de medicina».

La abuela Costuna sonrió radiante. «Serás un buen médico y curarás a muchos, estoy segura».

Alina, que no quería ser menos, intervino: «Estoy esperando noticias de las tres universidades a las que solicité plaza. Todas tienen excelentes programas de preparación para la carrera de Derecho».

La señora Costuna, orgullosa y esperanzada, dijo: «Esperemos que las dos consigáis buenas becas».

El Sr. Costuna asintió con la cabeza. «Sí, y luego podemos pensar en el resto de los niños». Todos se rieron con calidez.

El abuelo Costuna sonrió a los dos más pequeños, Matthew y Zoe. «¿Y vosotros dos? ¿Cómo van los ensayos de vuestro "milagro"?».

Matthew y Zoe intercambiaron una mirada que decía: «¿Deberíamos mencionar a los fantasmas?». Zoe abrió mucho los ojos y negó con la cabeza, como diciendo: «Ni se te ocurra». Matthew carraspeó.

—Va... bien —logró decir finalmente—. No hay mucho que contar.

Sintiendo la tensión, la señora Costuna se colocó detrás de ellos y les puso una mano en el hombro a cada uno. «Los ensayos van muy bien, padre», dijo con alegría exagerada. Luego se inclinó entre ellos y les susurró: «¡Ni una palabra sobre los fantasmas!».

Volvió a su asiento y dedicó a todos una sonrisa radiante. El tema quedó zanjado y la cena continuó.

El abuelo Costuna miró a sus nietos más pequeños y les preguntó: «¿Conocéis la historia de los niños? Yo la aprendí cuando era pequeño. Trata de un milagro que les sucedió».

La señora Costuna intervino rápidamente. «Sí, padre, un milagro, pero queremos que los niños se concentren en actuar bien en el escenario, ¿no?».

El abuelo la miró y negó con la cabeza. «¿No pueden actuar bien y saber de este milagro? Vamos, ¿dónde está tu fe?».

Las mejillas de su nuera se sonrojaron por el remordimiento. «Oh, mi fe está bien, padre, solo no quiero que se distraigan». Miró a sus dos hijos menores y negó con la cabeza muy ligeramente, abriendo mucho los ojos para advertirles que guardaran silencio sobre lo que habían compartido acerca de las visiones de niños en el balcón el primer día de ensayo. Ambos niños asintieron, comprendiendo la mirada de su madre, tomaron sus tenedores y continuaron cenando.

CAPÍTULO 4

LA PRIMERA REUNIÓN

Unos días más tarde, los tres niños recién seleccionados, Megan, Matthew y Zoe, estaban reunidos en la sala verde del Teatro Miracle, repasando sus líneas con el asistente del director. A mitad del ensayo, el teléfono del hombre vibró y él miró un mensaje.

«Tengo que irme», dijo, levantando un dedo. «Seguid ensayando. Volveré en diez minutos».

En cuanto se cerró la puerta detrás de él, Matthew y Zoe miraron a su alrededor nerviosos. Finalmente, Matthew le preguntó a Megan: «Oye, eh... ¿has notado algo extraño en el teatro últimamente?».

Antes de que Megan pudiera responder, la mirada de Zoe se fijó en una esquina de la habitación y los vio. Eran los mismos tres niños fantasmagóricos de 1917. Zoe agarró a Megan del brazo y señaló detrás de ella. «¿Como... ellos?».

Megan se dio la vuelta y se quedó con los ojos como platos al ver al trío fantasmal. «Dios mío. ¿Quiénes sois?».

Matthew se atrevió a preguntar: «¿Qué son?».

El fantasma de Lucía respondió con suavidad: «Somos amigos. No tengáis miedo». Jacinta intervino: «Sí, como la hermosa dama de nuestra historia».

«¿Vuestra historia?», preguntó Matthew, desconcertado.

Francisco ladeó la cabeza. «¿Aún no has leído todo el guion?».

Zoe seguía medio escondida detrás de Megan. «Lo leí con mi madre, pero pensé que era todo inventado».

Jacinta negó con la cabeza con firmeza. «Oh, no. Realmente sucedió, a nosotras». Se señaló a sí misma y luego a Zoe. «Tú interpretas mi papel».

Zoe chilló: «Creo que... voy a desmayarme». Se tambaleó y Francisco instintivamente intentó sostenerla, pero Matthew terminó tomándola por los brazos. Cada vez que su mano atravesaba la forma transparente de Francisco, una sensación de hormigueo le recorría el cuerpo.

—Esto es muy raro —murmuró Matthew, moviendo la mano dentro y fuera del cuerpo de Francisco.

Francisco se ríó. «¡Oye, eso hace cosquillas!».

Megan reunió valor. «¿Qué quieres de nosotros?».

El fantasma de Lucía respondió: «Hemos oído cosas, algo sobre el futuro del espectáculo y este teatro. Pero no podemos decir mucho».

Jacinta, sin embargo, no tuvo reparos en compartir la información. «El señor Swoops, el padre de Murray quiere cerrar el teatro. Si el musical fracasa, despedirá a todo el mundo. Y no cree en los milagros».

Francisco se volvió hacia ella con mirada reprochadora. «¡Oh, Jacinta! Lo has vuelto a hacer».

Lucía frunció el ceño. «Nunca escuchas. Ahora tenemos un problema».

Matthew se alejó, preocupado. «Mirad, no podemos contarle a nadie lo vuestro. Nuestra madre cree que nos inventamos historias cuando mencionamos fantasmas».

Zoe asintió enérgicamente. «Odia los fantasmas. Se volverá loca». Luego respiró hondo y añadió: «Pero... ¿podrías ayudarnos a salvar el teatro? ¿Asegurarte de que se estrene el musical?».

Jacinta asintió. «¿Y qué hay de ayudar al padre de Murray a creer en los milagros?».

Todos los niños, vivos y fantasmas, se dieron cuenta de que sus misiones estaban irremediabilmente entrelazadas. Tendrían que trabajar juntos.

Una semana más tarde, los fantasmas de Lucía, Francisco y Jacinta estaban sentados solos en la última fila del balcón, mirando el escenario. El siguiente ensayo estaba a punto de comenzar y, desde los bastidores, los miembros del reparto fueron entrando y ocupando sus lugares. Randolph Swoops tomó su sitio habitual, solo en la primera fila del balcón, con los brazos cruzados y expresión severa.

María García, la abuela de Megan, se había deslizado en un asiento en medio del balcón, unos diez minutos antes que Randolph, parcialmente oculta en la penumbra. Comenzó a observar el ensayo en silencio.

Randolph murmuró para sí mismo: «Qué tontería. Nada de esto tendrá sentido para el público».

Para su sorpresa, una voz se alzó detrás de él: «No estoy de acuerdo». Se giró bruscamente. «¿Quién está ahí?»

¡Salga de ahí!».

María, divertida, permaneció en las sombras. «¿Qué tiene de absurdo creer en algo?», bromeó.

«Sal o llamaré a seguridad», gruñó Randolph. «¡Esto es propiedad privada!».

María se rió un poco. «¿De verdad crees que los guardias me verán si tú no puedes?».

Los tres fantasmas observaban con gran interés. Jacinta se rió. «¡Está fingiendo ser como nosotros!».

Lucía asintió con la cabeza. «Se está divirtiendo un poco con él». Randolph se levantó. «¡He dicho que salga!».

María dejó que la risa se apagara. Luego dio un paso adelante para que él pudiera verla por fin. «Soy María García. Estoy esperando a mi nieta, que está en su espectáculo».

«No es mi espectáculo», espetó Randolph. «Yo solo pago las facturas. Váyase a esperar a otra parte».

María levantó el rosario. «Estoy rezando», dijo con calma.

—Pues rece en otro sitio —insistió Randolph—. Me gusta estar tranquilo aquí arriba.

Herida, María se levantó y se marchó. En cuanto se hubo ido, Randolph se dejó caer en su asiento y volvió a tamborilear con los dedos en el reposabrazos. «Qué descaró el de esa mujer».

Detrás de él, los tres niños fantasmas susurraban emocionados.

Lucía dijo: «Sé cómo podemos hacer que nos crea». Sonrió a Francisco y Jacinta, como si estuviera tramando un plan. Ellos la miraron con curiosidad y un poco recelosos.

Esa noche, en la habitación rosa de Megan, María García estaba sentada en la cama con su nieta. Megan estaba sentada con las piernas cruzadas, con una biografía sobre la verdadera Lucía dos Santos sobre las rodillas.

—Nana —dijo Megan—, ¿me dijiste que viste al señor Swoops?

María asintió. —Sí. Estaba solo en ese balcón, listo para ahuyentar a cualquiera que lo molestara.

Megan frunció el ceño. —Es... muy malo.

«No estoy tan segura de que eso sea todo lo que hay en él», replicó María. «¿Qué es lo que siempre te digo?».

Megan repitió el refrán: «No juzgues un libro por su portada».

María inclinó la cabeza pensativa. «Exacto». Cogió con delicadeza el libro de las manos de Megan y lo hojeó. «Hace mucho tiempo leí sobre la hermana María Lucía, la verdadera Lucía de Fátima. Es maravilloso que estés aprendiendo su historia».

Megan sonrió. «Es difícil imaginar todo eso con un hombre que quiere cerrar el espectáculo antes incluso de que abramos».

María exhaló lentamente. «A veces, cuando la gente pierde la fe, cierra las puertas de algo más que los teatros».

Pasaron los días y, una vez más, Megan, Matthew y Zoe encontraron un rincón tranquilo en el camerino para ensayar sus líneas. Los fantasmas de Lucía, Francisco y Jacinta aparecieron, flotando como sombras silenciosas que solo los tres niños vivos podían ver.

Megan negó con la cabeza con tristeza. «Mi abuela dice que no hay que tener miedo del Sr. Swoops, pero yo sigo sin estar segura».

Jacinta frunció la nariz. «Pero se comporta como un mandón».

«Y grita», añadió Francisco.

Zoe admitió: «Me da miedo». «A mí también», dijo Jacinta.

«¿Y tú abuela?», le preguntó Matthew a Megan. «Ella no parece tener miedo».

Megan se encogió de hombros. «Casi llama a seguridad».

Lucía habló con repentina determinación. «Pero ella lo verá mucho. Es parte de mi plan».

Megan arqueó las cejas. «¿Tu plan?».

Lucía asintió con la cabeza. «Tu abuela leyó nuestra historia, ¿verdad? La que escribió la hermana Lucía, es decir, yo cuando era mayor».

—Sí —dijo Megan—. Dijo que el musical y la historia real son muy parecidos.

Francisco intervino: «Si quieres, podemos enseñarte lo que pasó realmente. Podemos contártelo todo, desde las primeras visitas y todo lo demás».

Jacinta intervino rápidamente: «No empezó ahí, ¿sabes? Empezó cuando un ángel vino a visitarnos el año anterior, en 1916».

Los ojos de Zoe se agrandaron. «Espera, ¿de verdad visteis un ángel?». Francisco sonrió, recordándolo. «Sí, lo vimos».

«¿Un ángel de verdad?», preguntó Zoe de nuevo, sin aliento. Jacinta le sonrió. «Oh, sí».

Lucía miró a sus primos fantasmas y luego a los tres niños vivos. «Si queréis ver lo que vimos, cogednos de la mano. Podemos llevaros de vuelta a 1916, donde todo comenzó».

Megan, Matthew y Zoe intercambiaron miradas de incertidumbre y emoción. El tenue destello de una luz sobrenatural bailaba a su alrededor, una promesa tácita de lo que podrían descubrir juntos.

Y así fue como los niños, vivos y fantasmas, decidieron salvar el Teatro Milagroso, revelar las maravillas de la historia de Fátima e intentar reavivar la fe en los milagros en los corazones más improbables.

CAPÍTULO 5

EL ÁNGEL DE LA PAZ

Todavía estaban en la sala verde del Teatro Miracle cuando ocurrió. Megan, Matthew y Zoe, elegidos para interpretar a los tres niños de Fátima en el nuevo musical, se encontraron de pie junto a tres figuras fantasmales: los auténticos Lucía, Francisco y Jacinta de 1917. Solo unos instantes antes, los fantasmas habían insinuado que podían revelar los orígenes de su historia de una forma que ningún guion podría reflejar. Y, de repente, antes de que los niños modernos tuvieran tiempo de protestar, la sala pareció desvanecerse como la niebla.

Un día lluvioso en Fátima, 1916

En un instante, Megan, Matthew y Zoe se transportaron un siglo atrás. Reaparecieron bajo una ligera llovizna, a una distancia segura de una pequeña cueva en un terreno familiar en Fátima, Portugal. Cerca de allí, tres niños muy reales, Lucía, Francisco y Jacinta, se acurrucaban cerca de la entrada de la cueva, sin saber que estaban siendo observados. Los niños vivos se quedaron boquiabiertos, pues también veían a los fantasmas de Lucía, Francisco y Jacinta de pie junto a ellos, efectivamente en dos lugares a la vez.

«Está lloviendo», murmuró Zoe, parpadeando ante las gotas de lluvia que salpicaban sus zapatos. Miró a los niños fantasmales con confusión. «¿Cómo podéis estar allí y aquí al mismo tiempo?».

Lucio fantasma negó con la cabeza, con aire ligeramente perplejo. «Ojalá lo supiera.

Pero, de alguna manera, estamos reviviendo nuestros propios recuerdos. Es la primera vez que visitamos la Tierra... así... en este estado». Levantó su mano translúcida y miró a través de ella.

El fantasma de Jacinta dio un paso adelante con curiosidad, pero el fantasma de Lucía la tiró hacia atrás con firmeza. «Deberíamos limitarnos a observar», susurró.

Los niños vivos siguieron el ejemplo de los fantasmas y observaron cómo se desarrollaba la escena. La Lucía real apoyó la cabeza contra la pared de piedra de la cueva, mientras Francisco tocaba una sencilla melodía con su flauta de madera. Jacinta daba vueltas, bailando bajo la ligera lluvia. Al oír el débil repique de las campanas de la iglesia, se detuvieron para quitarse los rosarios y comenzaron a rezar. De repente, una presencia angelical se materializó ante ellos. Aunque no se oía ninguna palabra, los niños miraron con asombro a esa figura radiante.

«Apareció de la nada», explicó en voz baja la fantasma de Lucía. «Habló de preparar nuestros corazones para una futura visita».

La fantasma Jacinta asintió con la cabeza. «Vino a nosotros tres veces en total, y cada vez su presencia era tan... hermosa».

Zoe miró con asombro al ángel silencioso. «¿Tuviste miedo?».

«No», respondió el fantasma de Jacinta. «Irradiaba paz y amor».

«Entonces, ¿por qué os visitó?», preguntó Matthew, armándose de valor.

«Dijo que teníamos que preparar nuestros corazones», respondió el fantasma de Lucía. «No teníamos ni idea de quién nos visitaría ni cuándo, pero después de la última visita del ángel, todos nos sentimos... diferentes».

Los niños vivos observaron cómo el ángel desaparecía, dejando al trío de niños de 1916 en la entrada de la cueva, absorbiendo en silencio el milagro que acababan de presenciar. Entonces, como si fueran tirados por un hilo invisible, los espectadores —Megan, Matthew, Zoe y los tres fantasmas— comenzaron a desvanecerse. Su entorno se disolvió en un remolino de luz.

De vuelta en la Sala Verde

Cuando se hizo la luz, los seis se encontraban de nuevo en la sala verde del teatro. Todos estaban allí de pie, parpadeando y recuperando el sentido.

Matthew se dio palmaditas en los brazos, la cara y el pecho, y luego miró a Zoe con fingido pánico. «¿Estoy completo?».

Zoe estaba sin aliento. «Me voy a desmayar», murmuró, dejándose caer al suelo y abanicándose. El fantasma de Francisco se acercó, flotando cerca de ella.

«Oh, no, no vas a desmayar», dijo amablemente. «Ahora entiendes cómo nos sentimos.

Llevo muerto más de cien años, imagínate».

Zoe abrió mucho los ojos. «Uf. Lo sé. ¡Ahhh!».

Se rió a medias y gimió a medias ante la idea.

La Jacinta fantasma se arrodilló a su lado. «¿Te ayuda que sea dos años más joven?».

Megan, sentada en un sofá cercano, intentó ordenar sus pensamientos. La Jacinta fantasma

Lucía y Jacinta la flanqueaban. «Entonces», dijo Megan, «el ángel se te apareció tres veces. ¿Por qué exactamente?».

La fantasma de Lucía se encogió de hombros suavemente. «Ya lo viste. Dijo que estaba preparando nuestros corazones. Seguro que has leído el guion. O al menos parte de las memorias reales que escribí más tarde, cuando era monja».

Megan asintió rápidamente. «Sí, lo leí. Pero, sinceramente, pensaba que el musical solo se basaba en tu historia... no que fuera verdad. Aunque mi abuela solía hablarme de Fátima. Incluso fue allí de peregrinación cuando era más joven».

Megan señaló a Francisco y Jacinta. «Ella vio dónde están enterrados ustedes dos».

El rostro de la fantasma Jacinta se iluminó con curiosidad infantil. «¿De verdad? ¿Visitó nuestra casa? ¿Vio nuestras ovejas?».

Francisco gimió. «Jacinta, nuestras ovejas ya no están», le recordó. «Bobo murió hace mucho tiempo».

Triste, Jacinta parecía a punto de llorar, hasta que Zoe intentó consolarla. La mano de Zoe atravesó el brazo del fantasma, pero el gesto hizo sonreír a Jacinta.

«No pasa nada», dijo Zoe con simpatía. «Yo sentí lo mismo cuando Matthew atropelló accidentalmente a mi hámster con su bicicleta».

Matthew se sonrojó y balbuceó: «¡Fue un accidente, ya lo sabes!».

Aclarando la garganta, Megan se puso de pie. La fantasma Lucía la imitó. «¿Cuánto tiempo pasó antes de que llegara... esa persona? ¿La persona para la que te estaba preparando el ángel?».

«Casi un año, pero no estoy segura de que debas llamarla persona», respondió la fantasma de Lucía. «En la obra, pronto interpretarás esa escena, ¿verdad?».

Megan parpadeó sorprendida. «¿Has estado viendo todos los ensayos?».

«No tenemos mucho más que hacer», intervino Jacinta fantasma.

Matthew se rió entre dientes. —Vale, así que estáis aquí, vestidos con ropa de 1917, que es muy anticuada, lo siento —añadió apresuradamente cuando Jacinta pareció ofendida—. Pero ¿habéis averiguado por qué estáis aquí, en nuestra época?

El Francisco fantasma se encogió de hombros. «No lo planeamos. Simplemente... acabamos en el balcón».

Megan se quedó pensativa. «Quizá sea por una razón importante. Y salvar el musical es solo una parte de ello».

Los seis niños, tres vivos y tres fantasmas, intercambiaron miradas, con una sensación de propósito común brillando entre ellos.